

COQUETISMO Y PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL EN VERSO

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.



MADRID.—1867.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
calle de Carretas, núm. 9.

COQUETISMO Y PRESUNCIÓN

«Del árbol que el suelo envenena
Es provechoso hacer tala,
Y arrancar la yerba mala
Es hacer medrar la buena.»

ACTO I, ESCENA V.

EN TRES ACTOS.

FOR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.

*Es propiedad de sus editores los señores Viuda é Hijos de
D. J. Cuesta; los comisionados de la galería EL TEATRO
son los encargados de su administracion.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*



PERSONAS.

DOÑA MARIA , madre de
ADELA.

INÉS , criada de doña María.

FERMIN , fingido nombre de D. Antonio.

LUIS , primo del anterior.

D. JUDAS , tio de los anteriores.

PEDRO , criado de D. Judas.

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de
Doña María.

PERSONAS.

DOÑA MARIA, madre de
ADELA.
INÉS, criada de doña Maria.
TERMIN, fingido nombre de D. Antonio.
LUIS, primo del anterior.
D. JUDAS, tío de los anteriores.
PEDRO, criado de D. Judas.

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de
Doña Maria.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FERMIN, entrando como de la calle se quita el sombrero y lo deja.

INÉS de casa.

FERMIN. ¿Han venido?
INÉS. No señor.
FERMIN. ¿Y cómo sigue la tía de sus males?
INÉS. Cada día, señorito, está peor.
FERMIN. Pues ya de fastidio pasa que por esa bagatela ni tu señora ni Adela jamás estén en su casa.
INÉS. La señorita me dijo para usted que aquí la aguarde.
FERMIN. Como ella mucho no tarde no será.....
INÉS. ¿De veras?
FERMIN. Fijo. Yo, Inés, jamás me avasallo á caprichos de mujér, y de aqueste proceder muy satisfecho me hallo.

¡Qué mal de otra suerte hiciera!
 Con juventud, con caudal,
 y una figura tal cual
 ¿me ha de faltar quien me quiera?
 Por fortuna hay tal enjambre
 de mujeres en el día,
 que fuera estraña manía
 el querer rendir por hambre
 á quien tanto se promete;
 así, dile me he marchado,
 pues no estoy acostumbrado
 á ser de nadie el juguete.
 INÉS. (¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,
 usted no la ama?

FERMIN. ¿Yo?... Sí...
 Pero aun mas me quiero á mi.
 INÉS. Mal le paga usted su amor.
 La vida le costaría
 un desden tan solo.

FERMIN. Ya.

INÉS. Pedro viene.

FERMIN. ¿Qué traerá?

INÉS. Alguna majadería.

ESCENA II.

DICHOS Y PEDRO.

PEDRO. Señorito.

FERMIN. ¿Qué ha ocurrido
 de nuevo?

PEDRO. Tengo que hablarle.

INÉS. Pues ya consigo dejarle
 con Perico, me despido,
 que han de ser mas de las dos,
 y tengo mucho que hacer
 allá dentro.

PEDRO. Adios, mujer.

FERMIN. Inés, hasta luego. Adios.

ESCENA III.

FERMIN Y PEDRO.

FERMIN. ¿Qué hay en suma?

PEDRO. Qué ha de haber?

Que don Luis sin avisar,
ahora acaba de llegar.

FERMIN. ¡Mas cómo!... (Coge el sombrero.)

PEDRO. No es menester.

Ya sabe está usted aquí,
y no puede tardar nada.

FERMIN. ¿Y á qué viene esa embajada
y aquese misterio? ¿Dí?

PEDRO. ¿Qué sé yo? Lleve el demonio
lo que yo entiendo este lío.

Mas como el tío no es tío,
ni usted es ya don Antonio,
ni aun yo mismo sé quien soy;
bien pudiera, sin querer,
echar el primo á perder
lo adelantado hasta hoy.

Por eso con tal secreto
vine á avisar su venida.

FERMIN. Primera vez en mi vida
que te he encontrado discreto.

En fin, nadie en casa está,
y fué vano tu temor.

¿Mas tardará?

PEDRO. No señor.

Aquí le tiene usted ya.

ESCENA IV.

DICHOS Y LUIS.

LUIS. Primo.

FERMIN. Luis.

LUIS.

Con cuánto gozo
te miro, y con qué impaciencia,

despues de tan larga ausencia
me tenias... ¡Qué buen mozo!
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!
Favores tuyos.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

No, á fe...
Mas á otra cosa. ¿Por qué
no avisaste al instante
que decidiste venir?

LUIS.

Fué por la misma razon
que en seis meses, ni un renglon
tuyo pude recibir.

Te escribí desde Alcalá,
en donde asuntos tenia
de mi casa, y ya creia
volver pronto por acá;
cuando un correo, me hallo
con que mi padre está en cama
gravemente enfermo, y clama
por verme; monto á caballo,
llego á Madrid, y la suerte
dejó mi anhelo cumplido;
pues le hallé restablecido:
cuando temia su muerte:
supe al volver de Castilla
que de París te marchaste,
que á Barcelona llegaste,
y que estabas en Sevilla.

Allí buscarte pensé;
pero pronto desespero;
pues nadie tu paradero
me dice: á Cádiz llegué,
por dicha supe de tí,
y como yo he visitado
esta casa, sin cuidado
á abrazarte vine aqui.

FERMIN.

Pues la echabas á perder
de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre, me has dejado muerto.

FERMIN. Oye, que vas á saber
la historia de aqueste enredo.
LUIS. Que me ha de agradar confio.
FERMIN. Ve, Pedro, busca á mi tio
y avísale.
PEDRO. En todo quedo. (Vase.)

ESCENA V.

LUIS Y FERMIN. (Se sientan.)

LUIS.

¿Y bien?

FERMIN.

Estraño quiza
puede haberte parecido
el haberme aquí introducido
como me ves, y será
mas grande tu admiracion
cuando sepas lo que pasa,
pues ignoran en la casa
mi nombre y mi condicion.
Sabes que doña María
trató con mi parentela
enlazarme con Adela,
á quien yo no conocia:
viéndome solicitado,
á sus ruegos me abandono,
que es de gentes de gran tono
boda por razon de estado.
La grande fama de bella
que mi futura tenia,
despertó en mí la manía
de verla, sin que ni ella
ni nadie en Cádiz supiese
quien era yo, su hermosura
rendir, y que esta aventura
un nuevo lauro me diese.
Llegué en hora peregrina,
pues apenas dejó el coche,
supe como aquella noche
iba al Moisés mi heroina;

LUIS.

y para gobierno mio,
su palco aprendí tambien.
Bravísima entrada. ¿Y quién
tanto te dijo?

FERMIN.

Mi tio.

LUIS.

Es verdad; sigue adelante.

FERMIN.

Ya estaba alzado el telon
cuando llegué, y la atencion
llamo de tanta elegante
que me mira y me importuna.
Yo, con aire de conquista,
paso por todas la vista;
mas sin fijarme en ninguna.
Me siento, y á los actores
miro con faz desdeñosa,
como quien dice: no es cosa,
yo los he oido mejores:
vuelvo la espalda á la escena
fingiendo estar aburrido,
mientras juego distraido
con los sellos y cadena.
Pongo el guante, limpio el lente,
doy una mano al cabello,
arreglo corbata y cuello,
y á mi Adela ya impaciente
con lánguidos ojos miro;
se sonrie, y de mi amada
pago una dulce mirada
con un amante suspiro.
Ufana al ver que ha dejado
á sus rivales burladas,
con un millon de monadas
me muestra que soy amado.
Habla en tanto el anteojó,
señas hago, amor las guia,
y ¡qué dicha! ya era mia
en el paso del mar Rojo.
¡Jesus, qué admirable paso!
De mi ventura seguro
todos los medios apuro

LUIS.

FERMIN.

para conseguirla, el caso es
cuento por menor al tío,
le digo cual es mi objeto,
exigiéndole el secreto
que á su discrecion confío,
y por tal conducto, en fin,
consigo hacerle visita
y enamorar á Adelita
bajo el nombre de Fermin.
Con que al cabo, en ese abismo
caiste ya.

LUIS.

FERMIN.

No señor,
que amar y hacer el amor
no quieren decir lo mismo.
Sabes que toda mi vida
pensé, como pienso ahora,
que el que á una mujer adora
de lo que vale se olvida.
Ni aprecio, ni apreciar quiero
á ese sexo fementido,
con el fuerte, envilecido,
con el débil, altanero:
aman á quien las desprecia;
desprecian al mas amante,
la que algo sabe, es pedante,
y es insufrible la necia:
nadie jamás las escede
en perversidad y engaño,
pues la que no te hace daño
es porque hacerlo no puede.
Te juran amor sin fin,
y esto lo prometen todas,
mas dura como las modas
hasta el nuevo figurin;
pues en el instante mismo
que hallan quien las haga un gesto
coges el fruto bien presto
de su innato coquetismo.
Dí si con tal opinion
será fácil que las quiera.

LUIS.

Es cierto; mas bueno fuera
hacer una distincion.
Nadie como yo en el mundo
odia á la inmoral coqueta,
mas nadie tanto respeta
á un sexo amable en quien fundo
mi felicidad futura,
así desplego mi saña
contra la que el brillo empaña
del pudor y la hermosura.
De árbol que el suelo envenena
es provechoso hacer tala,

y arrancar la yerba mala
es hacer medrar la buena.
No á todas tu cerrado celo
las juzgue por un igual,
que quien de ellas habla mal
es como el que escupe al cielo.
Así te juzgo engañado
en lo que de amor infieres;
que hay mujeres de mujeres.

FERMIN.

LUIS.

Cosas del siglo pasado.
Como tú gustes. ¿Mas dí?
¿A tu razon no le choca
amor tan pronto y tan poca
reserva en la niña?
Sí.

FERMIN.

Pero á veces un capricho
en cariño se convierte;
y quizás Adela.

LUIS.

Advierte
que no ha un instante, me has dicho,
lo falaz y lo engañoso

que es el afecto en mujer.

FERMIN.

Mas eso se ha de entender
cuando da con un baboso.

Cuide el hombre no resbale,
que va á dar en un abismo;
dese gran tono á sí mismo
y pondere lo que vale;

y aunque él no prometa boda,
 ni en su conducta sea puro
 puede contar por seguro
 con verse un día de moda.
 Ni desdenes, ni tibieza
 verá en la niña mimada,
 ni se armará la taimada
 de femenil sutileza:
 á la de mas alta esfera
 mas la desaire y humille,
 que no haya miedo que chille
 ni su amor propio se hiera;
 antes bien su orgullo necio
 se vuelve en humilde ardor,
 y lo que no pudo amor
 siempre lo puede el desprecio.
 Aquesta, Luis, es mi escuela,
 y en tanto como he corrido,
 ninguna me ha resistido.
 Dichoso tú. ¿Pero Adela
 nunca llegó á sospechar
 quien eras?
 Ni por asomo
 Pues es extraño.
 Mas cómo
 lo pudiera averiguar?
 Dos meses no se han cumplido
 desde que á España volví,
 y así en Sevilla y aquí
 soy de pocos conocido:
 y tio, con fundamento
 juzgo que lo ha de callar,
 pues que jamás sabe hablar
 sino de la mar y el viento.
 ¿Conque sigue en su manía?
 Pero con tal afición
 que su perenne mansión
 es la torre del Vigía:
 decide en tono maestro
 de buques y temporales.

LUIS.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

y sabe el plan de señales
lo mismo que el padre nuestro.
La muralla es su paseo,
el Ciscar es su alcoran,
su testó don Jorge Juan,
y Tofiño su recreo;
el anteojo es su pasión,
y en aquesa lengua insana
llama porta á la ventana,
y á la puerta, el portalon.
Para él cualquier lienzo es vela,
es camarote la alcoba,
y en fin, son pages de escoba
los chicos de la candela.

LUIS.

De modo que aunque pregunto
no entiendo su algaravía.
Te compadezco á fe mía.
Mas, volvamos á tu asunto.
Dime. ¿La buena viuda
cómo piensa?

FERMIN.

No se explica;
mas querrá casar la chica.
¿Puede en eso caber duda?

LUIS.

Pero el compromiso.

FERMIN.

Bravo,
cuando un novio se presenta
madre hay que ajusta la cuenta
al hombre, hasta de un ochavo,
y el que mas tiene, se queda
por ley de mejor postor,
que hay pujas en el amor,
como si fuese almoneda.
Los compromisos son grillos
que ligan en sus deberes
al hombre; mas las mujeres
no reparan en pelillos.
¿Y piensas casarte presto?

LUIS.

FERMIN.

LUIS.

FERMIN.

¿Pues cómo así?
Antes que viniese aquí

ya todo estaba dispuesto:
documentos y retrato
tiene en su poder el tío
hace ya tiempo, aunque fio
que lo ignoran; así trato
de dar largas con cautela
al dichoso casamiento,
pues este descubrimiento
cosa ha de ser de novela.

Mas aquí para los dos.
Por lo que me has indicado,
de que estás enamorado
tengo sospecha, y por Dios
que en tu genio lo extrañara.

LUIS.

Pues es cierto.

FERMIN.

¿Estás en tí?

¿Y eres hombre?

LUIS.

Creo que sí.

FERMIN.

¿Y amas?

LUIS.

La cosa no es rara.

FERMIN.

Por llegarla á conocer
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yo, á precio tan caro,
ni á Venus quisiera ver.
Mas, con menos te prometo
que ese empeño has de lograr;
pues el venirla á esperar
es de mi viaje el objeto.

FERMIN.

¿Con que será prima mia?

LUIS.

Así parece.

FERMIN.

¿Qué horror!

¿Te casas? ¿y con amor?

¡Jesus, y qué gansería!

LUIS.

¿Qué dices?

FERMIN.

¿No ves, Luis,

que ya estás á vulgo oliendo?

¡Cuanta falta te está haciendo
un bañito de París!

LUIS.

¿Estás loco?

FERMIN.

Bueno fuera.

- LUIS. ¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?
- FERMIN. No sé; mas si lo es casarse como se casa un cualquiera.
- LUIS. Pues al contrario, yo infiero que en amor no hay preferencia.
- FERMIN. ¿Y entonces qué diferencia hay de ti á tu zapatero?
- LUIS. ¡Qué aqueso á decir te atrevas! su amor mi dicha asegura.
- FERMIN. Si en amor buscas ventura valiente chasco te llevas. Busca orgullo, veleidades, manías é impertinencia, y ármate bien de paciencia para escuchar necedades; busca insensatez, capricho, busca vanidad sin seso, busca en fin mujer, y en eso cuenta que todo está dicho.
- LUIS. ¡Qué exagerada manía!
- FERMIN. Luis, la constancia amorosa, aunque suena á grande cosa, solo es palabra vacía; y yo, entre tanta mujer, constante no hallé ninguna.
- LUIS. Culpa á tu propia fortuna si no supiste escoger.
- FERMIN. Mas si en mi vida tal vi, ¿cómo quieres que lo crea?
- LUIS. Como crees que hay Guinea y nunca estuviste allí. (Llaman.)
- FERMIN. En eso no convenimos.
- LUIS. Calla, que llegan por fin.
- FERMIN. No olvides que soy Fermin, y que ya no somos primos.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA MARÍA Y ADELA.

- FERMIN. Señoras, tengo el honor....
- D.^a MARÍA. Ferminito, cuánto siento que usted... ¡Mas cómo! ¡Luis! ¡Por mi casa tanto bueno! ¡Cuándo ha sido la llegada?
- LUIS. No há una hora, y el deseo que de ponerme á sus pies tenía, me trajo luego aquí, en donde por mi dicha, de Fermin tuve el encuentro.
- ADELA. ¿Qué, usted conoce al señor?
- LUIS. Sí, Adelita, hace ya tiempo.
- FERMIN. Desde antes de mis viajes.
- LUIS. Así es.
- FERMIN. ¿Y qué tenemos de males?
- LUIS. ¿Pues qué, señora, hay en casa algun enfermo?
- D.^a MARÍA. En casa nó; mas mi tia Paulita se está muriendo de revolucion de humores con vómitos y despeños, y aunque toma quina á sacos, no puede el doctor con ellos.
- LUIS. Será ya mujer de edad.
- D.^a MARÍA. Mas no como para eso. ¿Pero usted no la conoce?
- Hombre sí.
- LUIS. Pues no me acuerdo.
- D.^a MARÍA. Sí, sí tal.
- LUIS. Como usted guste.
- D.^a MARÍA. Es mucha pena por cierto.
- ADELA. ¡Ay Jesus! mi pobre tia... (Llora.)
- FERMIN. ¡Qué usted llora!
- LUIS. Y es muy bello ese llanto, que demuestra

un corazon noble y tierno,
mas no se anticipe usted
á sí misma el sentimiento,
que aunque deba presumirse
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razon. ¿A qué vienen
esas lágrimas?

D.^a MARÍA.

Luis, tiemblo
de cualquier cosa que ocurre
por mi hija. Es mucho cuento;
porque como es tan sensible
y como tiene esos nervios,
con solo ver un raton,
con oír hablar de muertos,
con que un mesquito la pique,
ó cosa así, en el momento
empieza á hacer mil visages,
contorsiones y aspavientos;
de modo que es menester
darle eter y hacerle fresco,
sin otras veces, que es fuerza
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

D.^a MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

D.^a MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,
con que sepan que tenemos
tres ó cuatro convulsiones
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

D.^a MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles
las francesas. En Burdeos
me sucedió una aventura
que prueba á cuantos escesos
su imaginacion ardiente
las arrastra. Este es el hecho.
Estaba yo cierto dia
vistiéndome en mi aposento

cuando me pasan recado
de que uno con gran secreto
me buscaba, le hago entrar,
y sorprendido me quedo
viendo en el tal, un criado
de librea y muy bien puesto.

Le pregunto que me quiere,
y él, despues de cien misterios,
una carta me entregó
y se fué. La abro, la leo;
mas ¡cuál fué mi admiracion!
al encontrar que el sugeto
que escribia, era una dama
del gran tono en aquel pueblo,
hija de padres muy nobles
y muy ricos; por supuesto
gentes de coches, landó,
gran mesa, tertulia y juego,
en fin, soberbio partido.

Y que á mas de todo eso,
era muy bella y tenia
pelo rubio, hermoso cuerpo,
tocaba el arpa, el piano,
otra porcion de instrumentos,
bailaba con mucha gracia,
(el rigodon por supuesto)
y todo por este estilo.

Mas lo extraño del suceso
es que solo la habia visto
dos veces en el paseo;
sí noté me habia mirado,
pero nunca hice alto en ello.
En fin, su esquela decia
que la causa de este yerro
era haberse enamorado
de mí, que creyó primero
poder domar su pasion;
mas que ya el único medio
era, ó mi correspondencia
ó la muerte. En tal extremo:

la contesté que mirase
por sí misma, que el afecto
no se manda, y la pedia
renunciase á su proyecto.

LUIS.

FERMIN.

Luis, yo á nadie
solo por lástima quiero.
Mas escucha el fin del lance,
¡Podrá darse hombre mas necio! (Aparte.)

ADELA.

FERMIN.

Al cabo de algunos dias
supe que del sentimiento
estaba enferma y muy grave;
por mas que hicieron remedios,
por mas que de Mompeller
cuatro doctores trajeron;
en fin, por mas que gastaron
al cabo de mes y medio
murió la pobre.

LUIS.

D.^a MARÍA.

ADELA.

FERMIN.

ADELA.

FERMIN.

LUIS.

¡Murió!
¡Hombre!
¡Mas cómo?
Muriendo.

Mire usted no fuera engaño.
Si yo mismo vi el entierro.
Dígote Fermin, que en Francia
tienen un modo estupendo
de querer.

FERMIN.

En todo el norte
suelen morirse de celos
ó de amor, con la frecuencia
que por acá morir vemos
todos los dias de asma,
calentura, ó mal de pecho.
Allí una muger se ahorca
ó se atraca de veneno
con la frescura del mundo
por lo que aquí importa un bledo.
¡Cada dia no nos cuentan
los papeles extranjeros
cien mil tragedias de amor?

¡Por ventura no sabemos
que en el Támesis y el Sena
se encuentran cada momento
cadáveres á montones,
víctimas de su despecho?

ADELA. Ay Fermin, no siga usted
que me da horror.

LUIS. Es muy cierto.

Ya que por dicha de España
aun en moda no se ha puesto
ahogarse en el Guadalete;
y ya que gracias al cielo,
suele ser nuestro amor mas
y nuestra apariencia menos;
no recuerdes infortunios
que á todo corazon tierno
deben contristar.

FERMIN.

Pues sea,
y de otra aventura hablemos.
Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS.

¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN.

Hombre, calla.

ESCENA VII.

DICHOS Y DON JUDAS.

D. JUDAS. Buenos dias
señoras.

FERMIN. Se acabó el cuento.

D. JUDAS. Luis. (Se abrazan.)

LUIS. Tio.

D. JUDAS. Dame un abrazo.

LUIS. Sí señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS. ¡Válgame Dios, mi Luis,
qué gordo estás, y qué bueno!
Adios, señor don Fermin.

FERMIN. Don Judas, servidor vuestro.

LUIS. ¡Quién avisó á usted?

D. JUDAS. Perico

casualmente llegó á tiempo
que estaba parado enfrente
del pabellon de ingenieros
viendo ese buque que entra
de la Habana.

FERMIN.

Estamos frescos. (Aparte.)

D.^a MARÍA.

¿Ese barco?...

D. JUDAS.

Buenos piés,
fino, limpio de aparejo;
¿pero y qué? Si tiene guinda
para un navío lo menos
de ochenta y cuatro.

FERMIN.

(Ya escampa, (Aparte.)

nos cayó de medio á medio
la lotería.)

D.^a MARÍA.

Don Judas, si á mí no me importa eso.

D. JUDAS.

Es que creí...

D.^a MARÍA.

Mal creído.
Lo que yo saber deseo
es si trae correspondencia.

D. JUDAS.

Sí, señora.

D.^a MARÍA.

Porque espero
cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUDAS.

El bergantin Fariseo.

D.^a MARÍA.

¡Jesus, que nombre tan raro!

D. JUDAS.

Como otro, ni mas ni menos.
Pues, señor, como decia,
en el instante en que Pedro
se puso á la voz, y supe
de tu llegada el suceso,
viré al punto por redondo,
y largando el aparejo
atraqué el bote á esta casa
donde por dicha te veo.

D.^a MARÍA.

¿Pero por qué habla usted siempre
de modo que nos quedemos
en ayunas?

D. JUDAS.

¿Yo señora?

¿Pues acaso es esto griego?

ADELA.

¿No lo ha de ser? Si señor;

- vea usted yo que me mareo
de ir al muelle, y del marisco
ni aun sufrir el olor puedo.
- D. JUDAS. Pues muchas conozco yo
de estómago tan diverso,
que en vez de agua de colonia
se echan brea en el puñuelo.
- ADELA. ¡Ave María!
- D. JUDAS. Lo dicho.
- ¿Mas dime Luis, del Puerto
cuando saliste?
- LUIS. A las doce.
- D. JUDAS. ¿Y por mar?
- LUIS. Por mar.
- D. JUDAS. Mal hecho.
que hoy es el viaje muy largo.
- LUIS. Una hora.
- D. JUDAS. ¡Hombre, estás lelo!
Pues si es sur cuarta al sudoeste.
- FERMIN. ¿Mas él que entiende de vientos?
- LUIS. Así es.
- D. JUDAS. ¿Y en qué demonios
has empleado tu tiempo?
¡Vaya que hoy dia en España
no hay estudios de provecho!
Y mucha universidad,
mucho latin, mucho griego,
muchísimas tonterías,
y salen de sus colegios
los jóvenes muy ufanos,
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,
mandar una maniobra,
ni arreglar un aparejo;
en fin, nada de sustancia.
Y porque vean no miento,
sepan que no há mucho en Cádiz,
tuvo valor un sugeto
de ignorar que era Relinga.
- LUIS. Y se quedaria tan fresco.
- D.ª MARÍA. Cállese por Dios, don Judas,

- que estoy hasta los cabellos
de la mar, de los navíos,
y de oír lo que no entiendo.
- D. JUDAS. Pues doblemos esa hoja.
¿Mas Adelita, qué es eso?
¿Está usted triste? ¿Qué ocurre?
- ADELA. Para mí, nada de bueno.
- D. Judas. Me parece que esos ojos...
- LUIS. Diga usted mas bien luceros,
que aunque hoy los nuble el dolor,
no son así menos bellos.
- ADELA. Aunque la juzgo lisonja,
siendo suya la agradezco.
- D. JUDAS. ¿Pero por qué don Fermin
está tan á sotavento
de la niña? ¿Hay temporal?
- FERMIN. Mal humor.
- D. JUDAS. Entonces presto
sube el barómetro.
- FERMIN. No,
como á nadie le intereso
nadie busca el complacerme,
mas ello dirá.
- ADELA. (¡Qué necio!) (Aparte.)
- D. JUDAS. ¡Ay qué cabeza la mia!
Es verdad: ahora me acuerdo
de que la pobre Paulita
se está yendo á pique. Y esto
que acabo de preguntarle
á su sobrino don Pedro.
- D.^a MARIA. ¿Y cómo sigue?
- D. JUDAS. Muy mal,
por las noticias que tengo
ya tiene el práctico á bordo.
Doña María, me temo
que tire pieza de leva
esta tarde misma.
- ADELA. Y eso
será malo. ¿No es verdad?
- D. JUDAS. ¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,
pero es ya casco muy viejo.
El año de ochenta y dos
la obsequiaba un tal don Diego,
que se ahogó en una flotante,
y á los dos años de esto
se casó con su marido,
el difunto don Tadeo
de Berrigori y Arratia,
que navegó mucho tiempo
en la nao de Acapulco.
Era escelente sugeto,
y como buen vizcaino
testarudo y marinero.

D.^a MARÍA.

Así lo dicen, mas yo
casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted
(poco sonado fué el cuento)
cuando varó en la Milagros
yendo de aquí á Puerto Belo?

D.^a MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches
jugábamos á los cientos
en casa de don Hilario,
maestre de la Consuelos,
que vivia, y por mas señas
que allí murió, bien me acuerdo,
medio cable de mi casa;
aquí en la calle del Puerto
en la acera de babor
como quien va hácia paseo;
y él tambien...

FERMIN.

¿Pero es posible
que al mismo tema volvamos
treinta mil veces? Don Judas
hable usted, por Dios le ruego,
de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias, por ejemplo.

D. JUDAS.
FERMIN.

¿Pues hombre, yo de qué hablo?
No es eso lo que yo quiero.
¿Qué nos cuentan las Gacetas?
¿Los papeles extranjeros
qué opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUDAS.

Yo hace dias que no leo
sino el parte de la torre,
y como allí no habla de eso
vengo solo á sacar de él,
si hay calmazo ó viento fresco.

D.^a MARÍA.

¿Y usted ha viajado mucho?

D. JUDAS.

Así, así. Por ejemplo,
no he estado en Lima, ni en Cuba,
ni en Veracruz, ni tan lejos,
porque nunca se ofreció;
pero he ido á Rota y al Puerto
y á la Carraca mil veces,
con levante y con mal tiempo,
que yo en esto de la mar
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS.

(El tio es original.) (Aparte.)

D. JUDAS.

¡Mas cómo se pasa el tiempo!

¡Las tres ya! ¿Vámonos? (Mirando el reloj.)

LUIS.

Vamos.

D. JUDAS.

Sí, ya es hora que llevemos
el ancla. (Se levantan.)

D.^a MARÍA.

Si ustedes gustan...

D. JUDAS.

Por mi parte lo agradezco.

LUIS.

Nosotros tambien.

FERMIN.

(A Adela á media voz.) Adela,
sepa usted que no estoy hecho
á esperar á nadie.

ADELA.

¿Y cómo
pude yo remediar eso?

D. JUDAS.

Vamos, Fermin.

FERMIN.

Sí señor.

LUIS.

(Demos principio al enredo.) (Aparte.)

Quisiera hablar con usted, (A Adela.)

¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA.

Juzgo que sí. (A Luis.)

D. JUDAS. Hasta la noche.
 FERMIN. Señoras...
 LUIS. A los piés vuestros.
 D.^a MARÍA. Luisito, que usted descanse.
 Adios Fermin.
 ADELA. Hasta luego.

ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA Y ADELA.

D.^a MARÍA. ¡Qué formal es este Luis!
 ¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!
 ADELA. Sí señora, cada dia
 es mas amable.
 D.^a MARÍA. ¡Y qué bello
 corazon! ¡Y qué caudal!
 ¡Qué mayorazgo tan bueno!
 Vaya, cualquier madre en Cádiz
 le tomará para yerno
 á dos manos.

ADELA.

D.^a MARÍA. Ya se vé.
 Y como hoy dia está el tiempo
 que con tantos camastrones
 no hay novios para un remedio.
 En fin, tú ya estás segura
 de casarte, y sea luego
 lo que Dios quiera. El asunto
 hecho está; pero confieso
 que tengo tan poca fé
 aun en las cosas que veo
 y toco, que no es posible
 confie en gentes de lejos.
 El podrá ser buen muchacho.
 Podrá ser rico; mas esto
 de no ver yo lo que tiene
 es un gran desasosiego.
 Y despues como en mi vida
 he estado por tierra adentro,
 solo sé contar talegas,

no aranzadas ni viñedos.

¿Ni qué puedo entender yo
del cortijo, del apero,
del olivar, de las reses,
y otras mil cosas? ¿Y luego
quién resiste con paciencia
á su lado un llanto eterno?
Lloran cuando llueve mucho.
Lloran si está el tiempo seco,
y se quejan del gorgojo,
y se lastiman del muermo.

Además, entre estas gentes,
se está siempre con el credo,
como dicen, en la boca;
pues cuando se espera menos
el granizo ó la langosta
le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues
que aun ignoramos su genio,
ni cómo piensa, si es hábil,
si es tonto, bonito ó feo.
En fin, estamos á ciegas
todavía.

D.^a MARÍA.

Pues por eso
quisiera yo que si acaso
se presentase un sugeto
que nos tuviese mas cuenta.....
Es decir, que fuera bueno
dejar que ruede la bola
mas, sin descubrir el cuerpo.
Ya ves tú. ¿Yo qué interés
pudiera tener en ello
sino tu felicidad?
¿Con qué gusto, por ejemplo,
viera yo á tu lado un jóven
como Luis! ¿y qué sabemos?
él es hombre, y es seguro
que los novios se hacen de ellós.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

D.^a MARÍA.

Podrá ser; pero yo tengo

acá mi sospecha, y juzgo
que acaso no está muy lejos
de caer. En todo trance
y á mal dar, siempre tenemos
el recurso del de allá,
que aunque sea un majadero
al fin se casa.

ADELA.

Seguro.

D.^a MARÍA.

Ese es el ítem del pleito.
Fermin creí yo algun día
que valiera para yerno;
pero es tan vano el muchacho,
tan presumido en extremo,
que á falta de otro mejor
solamente fuera bueno.

ADELA.

Si señora, es muypreciado
de sí mismo.

D.^a MARÍA.

Pues volviendo

á Luis, sabes que fuera
un brillante casamiento
para cualquiera muchacha.
Su casa es de caballeros,
de sangre azul, es maestrante,
y por el lado materno,
tiene una vara en Osuna.
Mas no pretendo por esto
que el ser noble sea lo mas,
y el ser rico sea lo menos,
antes bien, para escoger,
á lo segundo me atengo,
que ni nadie aplaca el hambre
con lo que comió su abuelo,
ni nunca una ejecutoria
dió caldo á ningun puchero.

ADELA.

Pero aquí hay de todo.

D.^a MARÍA.

Sí,

en eso mismo convengo;
él tiene sus posesiones,
y aunque hoy, con los malos tiempos,
anda el oro por las nubes

y la gente por los suelos,
 su caudal está muy sano,
 ni hay deudas, ni tiene pleitos,
 ni goteras en sus casas,
 ni ha tomado un real á premio;
 paga sus contribuciones
 y satisface los censos,
 y despues...

ADELA.

¿Pero mamá,

de dónde sabe usted eso?

D.^a MARÍA.

Toma, de que lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

D.^a MARÍA.

Con varios. Primeramente,
 por el gusto de saberlo,
 que en ser curiosa, no hago
 mas que demostrar mi sexo:
 y despues porque interesa
 conocer bien el terreno
 que se pisa, y esto siempre
 hace mucho al caso. Tengo
 una hija: los partidos
 ni son muchos, ni son buenos:
 hay maulas en abundancia,
 hay muchísimo embustero,
 y no es un moco de pavo
 el casarse. Este es el cuento.
 Porque hay mucha diferencia
 de andar, como dice el pueblo,
 siempre á la cuarta pregunta;
 á gastar lujo, aderezos,
 palco, trajes, figurines,
 en fin, á tener dinero,
 que es quien hace el caldo gordo,
 y es moda de todo tiempo.
 Aquesto es lo que interesa,
 y de figura no hablemos,
 porque hija, el no tener,
 al mismo Apolo hace feo.

ESCENA IX.

DICHOS É INÉS.

- INÉS. Señoras, si ustedes gustan.
Ya está la sopa.
- D.^a MARÍA. Me alegro;
porque con la enfermedad
llevo una vida de perros:
vean ustedes, hoy es martes
y aun no he empezado el correo.
- ADELA. Cualquiera que á usted la oyese
juzgara, con fundamento,
que era acaso algun ministro.
- D.^a MARÍA. Pues son cuatro letras; pero
como tengo ya mal pulso,
hago letrones tan feos,
que en entender lo que escribo
se me va lo mas del tiempo.
Ya hasta despues de la siesta
¿quién ha de escribir? Por eso
me llamarás hoy temprano.
¿Entiendes, Inés?
- INÉS. Entiendo.
- D.^a MARÍA. Vamos, niña. (Vase.)

ESCENA X.

ADELA É INÉS.

- ADELA. Oye. Despues
tengo que hablarte en secreto
sobre un asunto.
- INÉS. ¿Hay acaso
en campaña moro nuevo?
- ADELA. Juzgo que sí.
- INÉS. ¿Pues y el otro?
- ADELA. Para todo hay su remedio
en este mundo. A la tarde
te instruiré de mi proyecto,

y contando con tu auxilio,
grandes cosas me prometo.
Cuenta usted conmigo siempre,
que soy criada, y con esto
digo todo.

INÉS.

ADELA.

Está entendido.

¿Vamos? (Vase.)

INÉS.

(¡Cuánto enredo!)
(No sé quienes son peores,
si son ellas ó son ellos.)

ESCELA X.

ADELA Y INÉS.

Over. Después
tengo que hablarle en secreto
sobre un asunto.

Hay cosas
en campaña muy nuevas.

Juego que el
Pues y el otro.

Para todo hay un remedio
en este mundo. A la larga
te instruiré de mi proyecto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ADELA É INÉS.

ADELA.

¡Inés, aun duerme mamá?

INÉS.

Señorita, la he llamado
pero no se ha levantado.

ADELA.

Pues entonces tardará
en venir. Sabes que hoy tiene
correo, que en ella es obra,
y así habrá tiempo de sobra
para hablar lo que conviene.
En fin, con ansia deseo
hacerte una confianza.

INÉS.

Hágala usted sin tardanza,
que yo sé cual es mi empleo
en estas cosas de amores,
y á Dios gracias, hasta aquí
sabe usted bien que cumplí
con mis deberes.

ADELA.

Favores
que me forzarán, Inés,
á espresarme sin disfraz,
aunque no fueses capaz
de ayudarme. Oyeme pues.

Difícil fuera en verdad
que pudiese mi experiencia
trocar de amor la apariencia
con la pura realidad.
Así juzgo no me engaño
en una nueva conquista
que hoy día tengo á la vista.

INÉS.

¡Señorita!

ADELA.

¿Y es extraño?

INÉS.

¿Mas quién?

ADELA.

Luis.

INÉS.

Para bien sea.

ADELA.

Es amable, es instruido,
buen amante y buen partido.

INÉS.

Yo tengo diversa idea,
y en los negocios de amor
quiero, mas que un sabio, un tonto;
porque la pega mas pronto
el que parece mejor.

ADELA.

Aquella Inés es patraña
que á una mujer no disculpa,
pues echa al hombre la culpa
cuando á sí propia se engaña.
Tema en buen hora la necia
la ficción que en hombres cabe,
mas la que su idioma sabe
les escucha y los desprecia.
Fínjase un amante, esclavo;
vano será su mentir,
que aunque ellos saben fingir,
no es ese león tan bravo.
Y no merece aun el nombre
de mujer, ni tal se crea,
la que en el mundo se vea
engañada por un hombre.
Díonos la naturaleza
mil dónes en esta parte,
gracias, atractivos, arte,
el talento y la belleza.
Díonos la aparente infancia

que nuestro imperio asegura,
y en el amor, la ternura
á la par que la inconstancia;
nos dió impune libertad
de castigar, sin ofensa,
y puso nuestra defensa
en nuestra debilidad.

Y queriendo á tal poder
dar por fin su complemento,
nos dió tambien fingimiento
primer don de la mujer.

Con las armas que te muestro
de esos tontos no te asombres.

INÉS.

Pero no todos los hombres
se dejan llevar del diestro.

Algunos conozco yo
que no los puede domar
ni el diablo.

ADELA.

Es particular:

sin duda poco aprendió
su dama; pues el amante
mas altivo, y de manías
mas raras, en pocos dias
se hace mas blando que un guante.

INÉS.

¿Mas cómo?

ADELA.

Muy facilmente.

Muestre al verse pretendida
cierta timidez fingida,
cierta modestia aparente.
Hable poco, que es muy sabio
el silencio en la mujer,
y para darse á entender
donde hay ojos sobra el labio.
Su mirar lánguido, amante,
consulte con el espejo,
y en él hallará consejo
para hacerse interesante.
Ceda pronto, sin temor
de atraerse sus desprecios;
pues son los hombres tan necios,

tan vanos, que ven amor
donde no ven repugnancia,
y en sus castillos al aire,
á veces, hasta un desaire
lo convierten en sustancia.
Así finja sin cuidado,
segura de ser creida,
una aficion decidida,
un amor desatinado;
pues aunque cualquiera estraña
pasion que tan presto llega,
el amor propio los ciega,
y el orgullo los engaña.
Finja salud quebrantada,
que es bueno en toda ocasion
tener siempre á prevencion
una enfermedad guardada.
Ni jamás una mujer
por aqueste extremo peca,
antes bien una jaqueca
suele milagros hacer.
No se muestre á su amador
con aire desaliñado,
pues el corsé y el peinado
son alimentos de amor;
y si á interesar aspira,
no olvide es cosa probada
que ni aun la verdad agrada
si no parece mentira.
En fin, cuando entre en su idea
mudar de objeto y de plan,
no cuide del que dirán,
antes bien el modo vea
de dar al asunto un corte,
y al presentarse un segundo,
con la frescura del mundo
se dá al otro pasaporte.
Con estos datos presentes
podrás numerar sin penas
las conquistas por docenas,

por cientos los pretendientes:
y dejemos que hable el necio
y que coquetas nos llame;
pues por mas que al cielo clame
solo halla mofa y desprecio.

Esta es mi opinion, Inés,
y con ella bien me vá.

INÉS.

Señorita, así será;

mas ¿y si ocurre despues
no poder en la ocasion
mostrar esa maestría?

ADELA.

¿Pues qué mujer en el día
no finge una convulsion?

¿Quién de colores no muda
cuando el caso lo requiere?

¿Quién no llora cuando quiere?
Y en fin, ¿quién de un arte duda
que tantos triunfos ofrece
á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir
solo lo que me parece.

Pero sepamos en fin
ese plan que usted idea.

¿Engañar á ambos desea,
ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,
si Luis me ofrece su fé,
dar á sus proyectos pié
por varias causas. Primero,
por vengar mi propio ultraje,
y dando á ese tonto celos,
que ponga el grito en los cielos
de vergüenza y de coraje.

Y despues porque hace dias
que sigo este galanteo,

y á fé mia ya deseo

dar al diablo las manías

de aqueste fátuo importuno.

A mas que prestigio y fama
pierde en el mundo una dama

INÉS.

si la ven un mes con uno.
 ¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.
 ¿Y es tanto tiempo?

ADELA.

No hay duda.

En el día, Inés, se muda
 de amor como de camisa.

INÉS.

¿Y usted le amará?

ADELA.

¡Quién! ¡Yo!

Ni amé ni amar nunca espero;
 pues aunque finjo que quiero,
 lo que es querer, eso no.
 Busque amorosa cadena
 la necia ó la confiada:
 mientras yo, que escarmentada
 estoy en cabeza agena,
 los detesto.

INÉS.

¡Guarda, Pablo!

ADELA.

Nada he dicho que te asombre.

INÉS.

¿Pero por qué?

ADELA.

Porque un hombre

es, en miniatura un diablo.
 Esa aparente virtud,
 esa honradez que pretende,
 son redes que astuto tiende
 á la incauta juventud.
 No escrupuliza el malvado
 de engañar y de fingir,
 pues entre ellos el mentir
 ni aun se tiene por pecado,
 y como tambien hoy día
 en el cariño hay sus modas,
 el no enamorar á todas
 lo juzgan descortesía.

INÉS.

¿Mas no hay muchos que dan palo
 y se casan?

ADELA.

En amor

casarse no es lo mejor,
 solo sí es lo menos malo.
 Quien el matrimonio abraza,
 prepare resignacion,

no sea que por melon se encuentre con calabaza.

INÉS. Pues volviendo al nuevo amante, á don Luis, saber deseo qué he de hacer, cuál es mi empleo,

ADELA. A eso voy. Oye un instante. Puesto que en la misma casa viven los tres, he juzgado que Perico, ese criado de don Judas, cuanto pasa ha de saber, y conviene ponerle de nuestra parte con el disimulo y arte propios de quien naguas tiene. Sonsácale, mas de modo que nada llegue á entender.

INÉS. Tal encargo á una mujer es ocioso. Quedo en todo, pues, aunque gran marrullero, es criado, y como tal en tratando de hablar mal que se desemboce infiero. Mas suspendamos la junta (Mira á la puerta.) que es don Luis.

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?

¿Me voy?

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta?

(Vase Inés.)

ESCENA II.

ADELA Y LUIS. (Siéntase Adela.)

LUIS.

Adela, á los piés de usted.

¿Cómo va? ¿Se han serenado ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto repare es perjudicial

á la salud.

ADELA.

Ni un bocado

he podido probar hoy.

Hasta el agua me hace daño

en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;

pero no pude lograrlo

por mas que hice. En este mundo

á nadie faltan cuidados,

y mas á quien por desgracia

es sensible.

LUIS.

(Para el diablo (Aparte.)

que se fiara de tí.)

Yo juzgo muy al contrario

incomparable fortuna,

poseer en alto grado

aquese don, que del bruto

distingue al género humano.

Si en la sensibilidad

tal vez pesares hallamos,

si ella de nuestras pasiones

es el poderoso lazo;

tambien por ella existimos,

tambien por ella gozamos,

y en fin, sin ella el amor

fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¡Qué es esto! ¿Usted suspira

al nombre de amor? ¿Acaso

conoció usted su poder?

¡Ay bella Adelita! Cuántos

recelos ese suspiro,

despierta en mí. Mas si un lazo

anterior vuestra alma liga;

si su corazon mas grato

fué á la llama de otro amante;

no lo ignore yo. Abrumado

de pesares, de tristezas,

aun puede tal vez la mano
del tiempo, y la reflexion
curar la llaga, que el dardo
del amor abrió en mi pecho;
mas si cediendo al encanto
de tantas gracias, yo mismo
doy alimento á mi daño;
si una esperanza fomento
de bienes imaginarios
que solo fingen los sueños
de una pasion ¡cuán en vano
arrancar querré algun dia
de mi corazon, el caro
objeto de mis suspiros!
¡Qué momentos tan amargos
envenenarán mi vida!

¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto
otro mas feliz disfruta
de ese cariño! ¡Y yo acaso
podré verlo sin morir!

ADELA.

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado
está usted! ¡Pero yo... cómo!
¿Será posible?

LUIS.

Sí. En vano
tan doloroso secreto
quiere ya ocultar mi labio.
Harto disimular pudo.
Harto tiempo mis quebrantos,
mis celos, mis sinsabores
supe devorar callando.

Sí, adorable y bella Adela,
no lo dude usted, yo la amo,
y este amor, que eternamente
debiera estar encerrado
dentro de mí, ya en su furia
rompió del deber los lazos.

No ignoro los compromisos
que la ligan á un cercano
pariente, y por consecuencia
sé que amándola á usted falto

á mis deberes ; he aquí
 de este silencio que extraño
 puede parecer la causa.
 Mas fuego mal apagado
 basta á encenderle una chispa.
 Así fué en efecto ; el rayo
 que vuestros divinos ojos
 hoy á mi pecho lanzaron
 me hizo ver que amor y celos
 reprimirlos es en vano.
 Usted tan solo, á mi mismo
 me volverá, un desengaño
 sea á mis males remedio
 cruel, pero necesario.
 ¿Ni aun de tal favor soy digno? (Silencio.)
 ¿Cuál mi falta fué?

ADELA.

¡Ah! Si en algo
 aprecia usted con efecto
 á esta Adela, no el quebranto,
 no el pesar, con sus palabras
 siembre en su pecho angustiado.
 No, sin oír, la condene;
 y pues este involuntario
 accidente, de mi afecto
 os dió ya indicios tan claros,
 oiga usted todo. Mas antes
 le exijo como hombre honrado
 y caballero el secreto
 de esta confianza.

LUIS.

¿Acaso
 pudiera negarme á ello?
 Si, hermosa jóven, por cuanto
 mas en este mundo aprecio
 os prometo que guardado
 siempre estará.

ADELA.

Bien lo creo.

(Ya cayó este pez, finjamos.) (Aparte.)

LUIS.

(Para ser la vez primera
 no miento de lo mas malo.) (Aparte.)

ADELA.

En vano los grillos

de la autoridad
 á un amante pecho
 quieren sujetar.
 En vano lo intentan,
 que la voluntad
 cuanto mas ligada
 mas se muestra audaz.
 Ni halagos, ni iras
 consiguen jamás
 que ceda ó que tiemble
 la que sabe amar.
 Aquesto que os recuerdo
 porque, si en mi mal,
 á un forzado lazo
 consentí, no habrá
 poder en la tierra
 que un nudo fatal
 hoy aborrecido,
 me fuerce á aceptar.
 ¿Ni cómo dar puedo
 un alma que ya
 es de quien la supo
 mejor conquistar?
 Bien sé que una dama
 no debe mostrar
 su inocente afecto,
 su amoroso afán;
 mas cuando á mi cuello
 se acerca el dogal
 que á eterno martirio
 me ha de sujetar,
 de vanos respetos
 no es el tiempo ya.
 Perdonad si acaso
 fuí ingénua de mas,
 pues cuando mis penas
 os llego á fiar,
 ni sé si hago bien
 ni sé si hago mal.
 ¿Con que no es amado?

ADELA.

No, ni lo será,
Luis, yo os lo aseguro.
En mí confiad
pues yo en vos confío,
la tranquilidad
vuelva á nuestro pecho,
y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda
quien ama.

ADELA.

Es verdad,
mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará
prometerse el alma
remedio á su mal?

¿O tal vez (¡qué dicha!)
al fuego voraz

que mi pecho abrasa
no insensible es ya
mi ad rada Adela?

¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?

¿A qué exigir mas?

LUIS.

¿Seré pues dichoso?

ADELA.

Sí, que pues callar
el alma no supo,
en vano será

que rehuse el labio
descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amareis siempre?

ADELA.

Eterno será
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañe jamás.

ESCENA III.

DICHOS Y FERMIN.

FERMIN.

¡Caramba! ¿Qué es lo que veo! (Aparte sorprendido.)

- ADELA. Don Fermin....
- FERMIN. ¡Válgame Dios! (Aparte.)
- ADELA. ¿Si habrá oído....? (A Luis.)
- LUIS. ¿No lo creo? (A Adela.)
- ADELA. ¿Qué teneis, saber deseo? (A Fermin.)
- FERMIN. (Y estaban solos los dos.) (Aparte.)
- LUIS. ¿Estás mudo?
- ADELA. (Ya dió lumbre.) (Aparte.)
- FERMIN. Me duele algo la cabeza.
- ADELA. ¿Es alguna pesadumbre?
- FERMIN. Jámás tuve por costumbre dar mérito á una simpleza.
- ADELA. ¿A una simpleza?
- FERMIN. Sí, á fè.
- ADELA. Difícil es lo comprenda.
- LUIS. (Que está picado se vé.) (Aparte.)
- FERMIN. Pues lo que me digo sé, y entiéndame quien me entienda.
- ADELA. Vamos, en lo impertinente bien se hecha de ver su mal; pero advierta que es prudente no tomar mucho relente; porque el tiempo está fatal.
- FERMIN. ¿Es consejo?
- ADELA. No, conseja.
- FERMIN. Ya pasé yo de esa edad.
- LUIS. (De divertirme no deja.) (Aparte.)
- ADELA. Nunca una persona es vieja para escuchar la verdad.
- FERMIN. ¿En fin, qué es lo que ha pasado?
- ADELA. ¿No logró usted sus deseos?
- FERMIN. Jámás me ví despreciado.
- ADELA. ¿O acaso ha resucitado la que se murió en Burdeos?
- FERMIN. Eso es mi veracidad poner en duda.
- ADELA. No alcanza á tanto mi necedad; mas juzgue que la amistad es disculpa de una chanza.

ESCENA IV.

DICHOS, Y DOÑA MARÍA

D.^a MARÍA. Señores....LUIS. A vuestros pies,
señora.

FERMIN. Lo mismo digo.

D.^a MARÍA. ¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?
¿Cómo tan favorecidos
nos tiene usted?LUIS. Al contrario,
yo soy quien me juzgo indigno
de los favores que siempre
me dispensó su cariño.D.^a MARÍA. Bien sabe usted que le quiero
como si fuese hijo mio.

LUIS. Mil gracias.

FERMIN. (Miren tambien
la buena señora.) (Aparte.)D.^a MARÍA. Amigo,
las noticias de mi enferma
son fatales: ahora mismo
me han enviado á decir
que la dan sudores frios,
y unos dolores de flato
que la tienen en un grito.

LUIS. ¡Pobre señora!

D.^a MARÍA. Y que un mal
es siempre mucho estravío
para una casa. Parece
que no es nada el sinapismo,
la cataplasma, el reparo
con la triaca y el vino,
y el puchero que se rompe;
pues siempre hace desavío,
aunque lo haya, sin contar
la mujer siempre al lebrillo
para aquello que se empuerca,

y la ayuda, y... Pues no digo nada de las medicinas.
No pondero, mas sí afirmo que en la tal enfermedad se han gastado, y no me admiro, mas pesos en el ruibarbo que minutos tiene un siglo.
¡Jesus, señora!

LUIS.

D.^a MARÍA.

Si es mucho lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

D.^a MARÍA.

(¡Qué charlar!) (Aparte.)

Vamos, Adela, aviate, que es preciso ir allá al momento.

ADELA.

D.^a MARÍA.

Voy.
No te mudes de vestido, sino ponte la mantilla de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos he de arreglarlos?

D.^a MARÍA.

ADELA.

¿A qué?
Como están ya tan caídos.

D.^a MARÍA.

Para la gente que habrá.
Oye, dí á Inés, que yo digo (Va y vuelve Adela.) que venga acá.

ADELA.

D.^a MARÍA.

Está muy bien.
Ah, dí también... (Adela va y vuelve.)

ADELA.

D.^a MARÍA.

¿Qué?
De frio yo no sé como estaremos.

ADELA.

D.^a MARÍA.

Ni yo.
Y luego paso el signo con la tirantez de cuerdas si á la vuelta no me abrigo.

ADELA.

D.^a MARÍA.

¿Llevaré la papalina ó el pañolon de merino?
Lo que usted guste.
Pues bien, entonces dí...

ADELA.

¿Y bien qué digo?

- D.^a MARÍA. ¿Qué sé yo?
 FERMIN. (¡Qué pesadez!) (Aparte.)
 D.^a MARÍA. Lo que quieras, ya está dicho.
 FERMIN. (Quien pudiera echarle encima una rueda de molino.) (Aparte.)

ESCENA V.

DICHOS menos ADELA.

- D.^a MARÍA. Es mucha alhaja esta niña,
 ¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo
 corazon! Bien sabe Dios
 que lloro como un chiquillo
 cuando pienso que algun dia
 tal vez deje el lado mio.
 En fin, lo que yo deseo
 es que encuentre un buen marido
 como ella, por ejemplo,
 que él será feliz. ¿No digo
 bien?

- LUIS. ¿Quién lo duda? Adelita
 es un ángel, un hechizo.

- D.^a MARÍA. Yo aunque al fin es cosa propia,
 y me está mal el decirlo,
 con usted nada aventuro,
 es joven de mucho juicio
 y será muy buena esposa.
 Bien sé que no es gran partido
 porque es pobre; mas quien piensa
 como debe, en su cariño
 busca solo la virtud.
 ¿No es esto verdad?

- LUIS. Lo mismo
 juzgo yo, ni mas ni menos.

- FERMIN. (¡Vaya que estoy divertido!
 ¡Qué culebra es la mamá!) (Aparte.)

- D.^a MARÍA. Justamente es lo que digo
 yo. Aun cuando por otra parte,
 tambien hay mérito mio.

Yo le dí una educacion
 como dán á pocos hijos
 sus padres. Ella de lenguas,
 ella de cortar vestidos,
 pone la pluma muy bien,
 ella peinar, hacer rizos,
 y tambien alguna cosa
 de respunte y dobladillo,
 porque quise que hasta de eso
 aprendiera. Es el avío
 de cualquiera casa.

FERMIN.

¡Oh! para eso
 en Francia; allí hasta los niños
 de ocho y de diez años saben
 mas que aquí á los veinticinco.
 Pero; pues se habla de damas.
 ¡Qué educacion! ¡Qué distintos
 talentos de los de acá!

Eso es público y sabido.

Mujer hay allí á los quince
 que ha compuesto siete libros
 de novelas, que es su fuerte:

y no que aquí, un sobrescrito
 apenas saben poner,

ó una carta de amoríos

llena de muchos chapones,

letras á saltos y brincos,

sin chispa de ortografia,

con los renglones torcidos,

y una sarta de dislates

que, vaya, si yo me admiro

como hay tonto que las lea.

Así me dan tal fastidio.

Peró, volviendo al asunto,

á la prueba me remito

de mí propio. Yo llegué

á Paris, hecho un borrico,

como crían tierra adentro,

los mas de los señoritos:

mi capa, mi calañés,

la chamarra, el cigarrillo,
 el aparejo de campo
 y apestando á ajos y á vino;
 y en trece meses que estuve
 largué la cáscara, amigo,
 de tal modo, que aun por fuera
 ya ves si huelo á cortijo.
 Es verdad que nunca quise
 meterme en los laberintos
 de academias y liceos,
 porque esos son muchos lios;
 pero aunque yo, por ejemplo,
 física no haya aprendido
 sé bailar el rigodon.
 Qué para el caso es lo mismo.
 Lo es, en cuanto al aprender.
 Y á mas tengo aquel bañito
 que...

LUIS.
 FERMIN.

ESCENA VI.

DICHOS ADELA É INÉS (con el pañuelo.)

ADELA.

Mamá, cuando usted guste
 vamos.

INÉS.

Señora, me han dicho
 que usted me llamaba.

D.^a MARÍA.

Sí.

Ve luego al tocador mio,
 y en el cajon, de esta mano
 encontrarás un frasquito
 de agua de olor, no hagas caso,
 pero en aquel lado mismo
 hácia el rincon, junto al peine,
 está la carta que he escrito
 esta tarde. Haz que la lleven
 al correo. ¿Lo has oido?

INÉS.

Sí señora.

D.^a MARÍA.

¿Con que estás?

INÉS.

Sí señora.

D.^a MARÍA.

Oye. Y si el tío
de don Luis viene (don Judas)
le dirás que hemos salido
con precision, y que así
por hoy, perdone el tresillo.
¿Lo entiendes?

INÉS.

Sí señora.

D.^a MARÍA. Cuidado que no haya olvido.

LUIS.

Señoras, si ustedes gustan
iremos favorecidos
con su compañía.

D.^a MARÍA.

Sí,
con gran placer lo admitimos.

(Fermin va á dar el brazo á Adela.)

Fermin, deme usted el brazo,
porque estos callos malditos
me matan.

FERMIN.

¡Yo!... Bien señora. (Le da el brazo.)

LUIS.

Pues la suerte lo ha querido,
tendré el honor. (A Adela.)

ADELA.

Soy la honrada. (Le da el brazo.)

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Pues es bonito

el papel que voy haciendo, (Aparte.)
Por vida de...)

D.^a MARÍA.

Inés, repito
que no abras á nadie.

INÉS.

Bien.

D.^a MARÍA.

Si llaman, por el postigo
pregunta quien es.

INÉS.

Ya estoy.

(Jesus, y que tabardillo.) (Aparte.)

FERMIN.

(Yo con madres, santos cielos!) (Aparte.)

D.^a MARÍA.

Con que adios. Lo dicho, dicho. (Vanse.)

INÉS.

Bien lo entiendo.

ESCENA VII.

INÉS.

Pues, señor,

veremos del laberinto
 quien sale. Mi señorita
 gusta tanto de esos lios
 de amores, que ciertamente
 ha de ser hombre corrido
 quien le ponga la ceniza
 en la frente. Yo me admiro
 de ver que hay hombres tan necios,
 tan fátuos, que cuando han visto
 tanto desengaño ageno
 se presten á que lo mismo
 les suceda, ya se vé,
 ese orgullo es tan maldito.
 ¿Pero quién me mete á mí
 en eso? ¿Qué beneficio
 me puede á mí resultar
 de que quien no es novio mio
 sea bueno, ó sea malo,
 sea tonto ó advertido,
 tenga dinero ó no tenga?
 Pues si nada gano, digo
 que en nada quiero mezclarme.
 Gracias á Dios, nunca he sido
 curiosa, aunque soy mujer,
 ni se me da tres cominos
 de lo que hacen los demás;
 y así aunque venga Perico
 no le abriré, y de este modo
 me ahorro de enredos. ¿No he dicho
 bien? Ya se vé, que en la renta
 del escusado es delirio
 meterse. ¿Pero quién llama? (Llamán.)
 ¿Será Pedro? Pues, el mismo. (Se asoma.)
 ¿Le abriré ó no le abriré?...
 ¡Qué tentacion!... Y ya há un siglo
 que no me cuenta los chismes
 de su casa y los vecinos...
 Es verdad que no me importan;
 mas saber no ocupa sitio...
 y luego mi señorita

me encargó tanto... Hase visto (Llaman.)
 prisa tal... Yo voy á abrir
 y échense á la mar pelillos. (va á abrir.)

ESCENA VIII.

INÉS Y PEDRO.

PEDRO, ¡Jesus mujer! ¿dónde estabas
 que me tienes hace un siglo
 echando la puerta abajo?

INÉS. Los criados han nacido
 para esperar.

PEDRO. Ciertamente;
 y no fuera bien visto
 que una dama como tú
 abandonase el lebrillo
 ó la sarten, para abrir
 á los que llaman. ¿No digo
 bien?

INÉS. Y tan bien. Mas no creas
 que es todo oro, Perico,
 lo que en el mundo reluce.
 Por ejemplo, ambos servimos,
 que parece condicion
 perversa, y aunque no digo
 yo que es buena, no es mejor
 la de muchos que podridos
 están de pesos. No falta
 el pan, estamos vestidos,
 gozamos la confianza
 de uno y otro señorito,
 y sabemos sus secretos,
 y somos sus...

PEDRO. Desatinos.
 ¿Soy yo acaso como tú?

INÉS. Vamos, Pedro, que conmigo
 es en vano hacerse pieza.
 Deja esos escrúpulos,
 que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,
y cuéntame de tu casa
la novedad. ¿A qué ha sido
el no esperado viaje
á esta ciudad del sobrino
de tu amo?

PEDRO. ¿Y yo qué sé?

INÉS. ¿No lo has de saber?

PEDRO. Te digo. (Dudando.)
que...

INÉS. Vaya, deja de simplezas.

¿Acaso tienes motivo
de desconfiar de mí?

PEDRO. Yo no, mas luego...

INÉS. (Ya es mío.) (Aparte.)

PEDRO. Como que hasta las paredes
á veces tienen oídos...

INÉS. No temas.

PEDRO. ¿Estamos solos? (Registrando.)

INÉS. ¿Tambien esa? Sí, Perico.

Habla por Dios ó reviento.

PEDRO. Ya tú sabes que ha venido (Con misterio.)
mi amo.

INÉS. Lo sé. Adelante.

PEDRO. Y, ó me engaño, ó el motivo
de su viaje, es asunto
de grande entidad.

INÉS. Lo mismo
pienso yo ni mas ni menos.

PEDRO. Pues.

INÉS. ¿Pero cuál? Vámos, dílo.

PEDRO. Eso es lo que yo no sé.

INÉS. Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO. De modo es y de manera
que si hoy no lo sé, no afirmo
yo que mañana...

INÉS. Pues eso

es lo que importa. Advertido
ya de tolo, será fácil
aprovechar un descuido

de don Luis. Un criado
de confianza, á su arbitrio
tiene las llaves del amo,
y en haciéndole un registro,
y en leyendo cuatro cartas,
cátate al punto instruido
de todo. ¡No será mengua
que un hombre á quien los colmillos
le han salido en la cocina,
que es en este mundo el sitio
donde mas se aprende, ignore
lo que piense el señorito?
vaya que fuera vergüenza.
Así mira qué confío
en tu maña, y si ocurriere
algo de nuevo, el aviso
me darás al punto.

PEDRO.

El caso

es que don Luis ha traído
otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino

que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto

contra empacho de secretos

son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado

en si allá...

INÉS.

¡Qué desatino!

Si en Madrid con Valdepeñas

suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito

que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.

Ahora á dar cuenta á don Luis.) (Aparte.)

Con que adios.

INÉS.

Adios, Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. (Va y vuelve.)

Me encargó mi amo (el tio)

viniese á saber si salen
tus señoras.

INÉS. Bien lo has visto,
salieron ya. ¿Y á qué viene
esa pregunta?

PEDRO. Imagino
será para no venir
si esta noche no hay tresillo.

INÉS. Es verdad.

PEDRO. Pues hazte cuenta
que me iba sin decirlo,
cuando esto solo me trajo
aquí.

INÉS. ¿Sabes que es bonito
tu modo de hacer encargos?
Si así cumples con los míos
dígotte Pedro....

PEDRO. Eso no.
Bien sabes tú que contigo
nunca me faltó memoria.

INÉS. ¿Y voluntad?

PEDRO. No lo afirmo.

INÉS. ¡Jesus, qué poco galán!

PEDRO. ¿Pues el mentir no es delito?

INÉS. Con quien tiene naguas, no.

PEDRO. Me alegro haberlo sabido.
En fin, yo prometo verte
bastante pronto.

INÉS. ¿Confío?

PEDRO. Por la fé de caballero.

INÉS. No me hace gran fuerza, amigo,
que los plebeyos no tienen
más fé que la de bautismo.

PEDRO. Pues yo te juro....

INÉS. Tampoco
los juramentos admito,
que saben jurar en falso
hoy día hasta los chiquillos.

PEDRO. Por el alma de mi abuela...

INÉS. Hombre, calla, no seas niño.

¿Le dirás la verdad á un muerto
cuando engañas á los vivos?
En fin, no pierdas mas tiempo,
que harto quizá hemos perdido
en charlar.

PEDRO.

Si eres mujer.

INÉS.

Tú criado, que es lo mismo.

¿Con que hasta luego?

PEDRO.

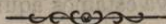
Hasta luego. (Vase.)

INÉS.

(Adios propósitos mios. (Aparte.)

ESCENA PRIMERA

D. JUDAS y D. JESÚS, este leyendo una carta.



D. JUDAS.

Jesús.

D. JUDAS.

Jesús.

D. JUDAS.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. JUDAS Y D. LUIS, este leyendo una carta.

D. JUDAS. ¿Y bien? ya estamos aquí.
 ¿Se podrá saber la causa
 de haberme con tanta prisa
 traído de la muralla
 á hora tan intempestiva?

LUIS. ¿Pues las diez de la mañana
 es hora acaso?...

D. JUDAS. Sí tal,
 para venir á una casa
 agena... Y precisamente
 cuando don Bruno Zavala,
 sobrecargo de la Cármén,
 á leernos empezaba
 el reglamento propuesto
 del puerto franco. A Dios gracias
 veremos esa bahía
 con cara de gente. ¡Calla!
 ¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS. Ya usted sabe la maraña (Guarda la carta.)
 en que estoy metido?

D. JUDAS. Sí;

Luis.

pues me la dijiste. Y tanta ha sido en esto mi dicha que aun antes que lo esperaba, una imprudencia de Adela me ha dado el medio y la traza de darles una leccion á entrambos; leccion amarga; pero forzosa. Del uno la presuncion insensata; el coquetismo insufrible de la otra, no reclaman indulgencia en este punto. Ni me debe arredrar nada cuando evitar me propongo no menos que la desgracia de un primo á quien amo. Así oiga usted todo.

D. JUDAS.

Luis.

Ya tardas. Despues del paso de ayer, paso que tan mala cara costó al fingido Fermin, viendo que mis esperanzas caminaban á su logro, juzgué que solo faltaba remachar del todo el clavo. Presto resolví: á mi casa me vuelvo, y fingiendo celos, á Adela escribo una carta, que anoche mismo por Pedro recibió. Allí le mostraba haber acaso sabido los lazos que la ligaban á Fermin; de ella me quejo, la llamo pérfida, ingrata, y lo demás que se dice en tales casos: sus gracias acuso, y de mi desdicha me lamento. Ni fué vana, ni inútil mi resolucion;

pues esta misma mañana recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.
El buscar á Inés, tan solo me trajo aquí, que me importaba salir pronto de cuidados. Con efecto, en acechanza me la encontré ya esperando el medio de que llegara á mis manos, que fué fácil sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¡Pues, sobrino del demonio, y por hacerme tú... (¡vaya!) solo desde allá me traes hecho un gaigo? No está mala la especie. Si estoy molido; como que en largando gavias y poniéndote á la via, no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios, señor, y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Callo y oigo.

LUIS.

Mi intencion ya con esto se lograba. En su esquila por supuesto me afirma que fué infundada la voz de ese compromiso; y porque no me quedara duda, dice de Fermin mil pestes, dos mil infamias: le tilda de vano y tonto, de presumido le tacha. En fin, es tanto y tan malo que muy mal rato le aguarda cuando lo sepa.

D. JUDAS.

¿Y acaso lo sabrá?

LUIS.

¿Pues no? La carta debe él mismo ver, y en ella

la prueba evidente y clara
de aqueese amor que pondera.
Mas no es prudente que vaya
por mi conducto; un acaso
los inconvenientes salva.
Así pienso que Perico,
valiéndose de su maña
haga que el otro la vea,
sin que parezca que...

D. JUDAS.

¡Calla!
con que tambien el buen Pedro
anda metido en la danza?

LUIS.

Sí señor, es criado antiguo,
y como tal, una alhaja
para embrollos. Luego es fuerza
hablarle, porque la trama
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios lo haga.

Mas mira que en estos casos
es precaucion necesaria
llevar la escota en la mano,
y si acaso el viento carga,
arriar al punto el chicoté,
que el hacerlo en tiempo es ganga.
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes
venga mar. Mas en sustancia
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada
tiene otro objeto. Es forzoso
el que ella por sí deshaga
su compromiso. Además
conviene el darle una causa
poderosa que la obligue
á dejarme. Así se salva

mi propia delicadeza; así mas claro resalta el carácter de la niña, y en fin, así se preparan humillantes desengaños para el que tanto fiaba de sí mismo. Todo aquesto se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,

¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS.

Muy fácilmente: á esta sala vendrá presto la mamá.

¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas se quedará, y engañarla es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con qué aquí encaja bien todo lo que ayer noche me dijiste de la falsa venida, y de los papeles, y de?... y de?...

LUIS.

Pues. Mas importaba tener la prueba en la mano antes de aventurar nada. Por eso no me expliqué entonces mas claro.

D. JUDAS.

¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama; pues Perico es necesario aquí venga sin tardanza é instruya á Adela y á Inés de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Si, mas esta no es fingida, antes es cierta. Pero calla,

ya viene allí la mamá.
Cuenta con que...

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto,

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,
porque lo diga mas pronto. (Vase Luis.)

D. JUDAS.

Bien, adios.

ESCENA II.

D. JUDAS.

No me faltaban
á mí mas que estos sobrinos.
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas
traen allá! Como esto dure
doy de quilla. Pero al arma
que aquesta urca enemiga
está ya á tiro de bala.

ESCENA III.

D.^a MARÍA Y DON JUDAS. (Se sientan.)

D.^a MARÍA.

Felices, señor don Judas.
Dispense usted mi tardanza.
Ya se vé, con estos males
tenemos tan trastornadas
las horas que...

D. JUDAS.

Entre personas
que ha tanto tiempo se tratan
no debe haber ceremonias.
Por esto, y porque importaba
vine á ver á usted.

D.^a MARÍA.

¿Pues qué?
¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata,
una mano de noroeste

que metemos en el agua
los penoles.

D.^a MARÍA. ¿Y en cristiano

que significa esa sarta
de nombrachos?

D. JUDAS. A eso voy.

Mas le exijo la palabra
de que reserve la especie.

D.^a MARÍA. Por supuesto.

D. JUDAS. A la muchacha
aunque haya fuerza de vela
no se lo diga usted.

D.^a MARÍA. Nada.

Sí, pues bonita soy yo
para chismes. En mi casa
jamás hubo un sí ni un no,
y eso que entonces estaba
hecha siempre un jubileo.
Mi Simon, que de Dios haya,
gustaba mucho de gentes:
su refresco no faltaba
por las noches. Es verdad
que eran tiempos en que andaba
Dios por el mundo, y cien pesos
á ninguno le faltaban;
mas hoy dia, todo, todo,
viene á menos, hola, y gracias
quien tiene un pasar.

D. JUDAS. Señora,

¿me deja usted hablar?

D.^a MARÍA. ¡Vaya!

¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS. Por fin, atencion y calma.
El caso es que mi sobrino,
(el novio de la muchacha
que digamos) de Sevilla
dió la vela, y por las trazas
parece hace rumbo á Cádiz.
Además, en confianza,
sé tambien cuál es su objeto.

- D.^a MARÍA. ¿Y será?
- D. JUDAS. Estarse á la capa sin darse á conocer ni izar pabellon.
- D.^a MARÍA. ¡Estraña resolucion! ¿Mas por qué?
- D. JUDAS. Porque quiere en asechanza ponerse. Juzgo le han dicho no sé que cosas, patrañas por supuesto, de la chica: tonterías: verbigracia que si es coqueta, si funda su vanidad y su gala en que cuantos hombres miran arrian bandera á sus gracias, que si lleva siempre amantes al costado. Nada, nada.
- D.^a MARÍA. Malas lenguas que la tienen envidia.
- D. JUDAS. Cabal.
- D.^a MARÍA. Dejarlas.
- D. JUDAS. Yo sé la hija que tengo, y sé quien es.
- D. JUDAS. Pues, y basta. Pero como él en su vida ni la ha visto, ni la trata, ni sabe sus propiedades; ya se vé, teme, y con causa, hacer avería gruesa en alta mar. Pues no es nada, la honrilla. Y los sevillanos que en siendo de clase y casa se creen ellos mas altos que el tope de la giralda. A mas tambien quiere ver el cariz de la muchacha, como es regular, y aunque ella es linda como una plata, al fin no es doblon de á ocho que á todo el mundo le agrada.

Tampoco fuera imposible
que en sus proyectos entrara
ponerle la proa, digo
hacerle el amor.

D.^a MARÍA. Ya escampa.

¡Vaya que el tal señorito
por vida mía es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.

Ya vé usted, él de su casa
fué el ídolo siempre, vivo,
poca edad, poca sustancia
y barro á mano ¿quién diantres
es capaz de irle á la zaga?

D.^a MARÍA.

¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo pues no es nada!

Si ahora con la nueva herencia

es suyo medio Triana,

Y en cuanto á la sangre ¡ya!

Mas noble que Doña Urraca,

es hijo de veinticuatro,

y heredero, que esa vara

¿quién se la quita?

D.^a MARÍA.

¿También?

D. JUDAS.

Pues.

D.^a MARÍA.

¿Y si acaso se encaja

aquí ese señor, qué hacemos?

¿Vamos diga usted?

D. JUDAS.

Cachaza.

Por ahora lo que interesa

es dejar que ande la danza,

y quedarnos al socaire

hasta que haya una empopada.

Mas claro: izar la sueca.

¿Me esplico?

D.^a MARÍA.

Sí. (Estoy en brasas.) (Aparte.)

D. JUDAS.

En cuanto á Adela, no quiero

que sepa ni una palabra,

porque luego habrá soponcios,

convulsión y marejada,

y nervios y...

D.^a MARÍA. En todo estoy por

D. JUDAS. Además, porque la trama
mejor se oculte, y la cosa
con mas disimulo vaya,
piensa enviarme al momento
los papeles que hacen falta
en el caso, como Fés
de bautismo, la palabra
de casamiento, y en fin,
que sé yo que enredos y trampas,
que siempre una boda tiene
mas cabos que quince jarcias.
Item mas. Porque en el lazo
ustedes mas presto caigan
dirá que, pues sus quehaceres
por ahora lo separan
de Adelita, está impaciente
por verla aunque sea pintada,
y pedirá su retrato.

D.^a MARÍA. ¡Su retrato! ¡Cosa extraña!
¿Sin mandar el suyo?

D. JUDAS. No.
Es que de enviarle trata.

D.^a MARÍA. Aqueso ya es otra cosa;
pero la juzgo bobada;
pues si con efecto es de él
conoceremos su cara,
y entonces se lleva el diablo
las ficciones y las trampas.

D. JUDAS. Cuando él lo envíe, será
porque ya tendrá saldadas
esas cuentas, es decir,
que estará fuera de barra
sin temer puntas ni bajos,
y navegando en cien brazas.

D.^a MARÍA. Bueno es saber todo eso;
porque hablando en confianza,
quien de buenas á primeras
viene pidiendo casaca,
en el tresillo de novios

- son cinco estuches de entrada,
que es juego que nadie pierde.
- D. JUDAS. Mas los renuncios se pagan.
- D.^a MARÍA. Ese es el mal. ¿Pero cómo
tendré yo noticia exacta
de su venida?
- D. JUDAS. Es muy fácil;
pues estando ya avisada
bien podrá usted por la boya
conocer donde está el ancla.
Con que me voy. (Toma el sombrero.)
- D.^a MARÍA. Hasta luego.
- D. JUDAS. ¿Y Adela?
- D.^a MARÍA. Si usted la aguarda
vendrá, que fué al tocador.
- D. JUDAS. No. No quiero: estará en banda
todavía, y las mujeres
me gustan aparejadas
aunque soy viejo. Lo dicho. (Vase.)
- D.^a MARÍA. Descuide usted.

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA y después INÉS.

- D.^a MARÍA. Pues no es nada (Observa si se ha ido.)
lo que pide. ¡Qué yo calle!
¡Yo que hablo con una estátua!
¡Vamos, vamos, que don Judas
olvidó que tengo naguas!
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!
¡Querer taparle á una dama
nada menos que la boca!
Vaya al diablo el muy bestiaza.
¡Callar! ¡Qué es callar? Inés,
Inés.

INÉS.

D.^a MARÍA.

Allá voy. (Dentro.)
¡Qué calma!
¡Jesus qué peso! Si estoy
por ponerme á la ventana

y contárselo al primero
que pase. ¡Mas cómo tarda!
Mejor será que... (Se levanta.)

INÉS.

Señora. (Sale Inés.)

¿Qué ha ocurrido?

D.^a MARÍA.

Nada.

INÉS.

¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

D.^a MARÍA.

¿Y la niña dónde anda?

INÉS.

Se está vistiendo.

D.^a MARÍA.

Pucs dila...

No la digas. Que yo vaya

será mejor. (Vase.)

ESCENA V.

INÉS.

Lleve el diablo

si yo entiendo una palabra

de este enredo. ¿A qué vendrán

estos secretos del ama

con su hija? Sabe Dios

que á no hacerme tanta falta

diera un dedo por saberlo

ahora mismo. ¿Y quién aguarda

cinco minutos ó seis

á que el pelmazo se vaya

de la madre? No señor.

La cerradura, á Dios gracias,

está convidando. Así

voy de puntillas y... ¡Calla! (Ve á Pedro.)

¡Pedro tan pronto! Por cierto

no creí yo...

ESCENA VI.

INÉS Y PEDRO.

PEDRO.

¿Estás en casa?

INÉS.

Y de ceremonia.

PEDRO.

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS.

Pues dí la tuya, y vivito
márchate, no riña el ama
si ve...

PEDRO.

No es ella mujer
que se asusta de fantasmas
con esa facilidad.

INÉS.

En fin, vamos. ¿Qué te tardas?

PEDRO.

Es que estoy viendo si acaso... (Registrando.)

INÉS.

Por Dios, Pedro, que estoy harta
de tus misterios.

PEDRO.

¿No hay nadie
que pueda?...

INÉS.

Ni gatos. Habla.

PEDRO.

Pues señor, has de saber
como desde anoche, gracias
á tu consejo, al corriente
estoy de cuanto importaba. Y
Don Luis tan solo ha venido
á Cádiz con la esperanza
de ver á una señorita
que aquí muy presto se aguarda
de... no sé donde.

INÉS.

¿De veras?
¿Mas por qué?

PEDRO.

La cosa es clara.
Porque está loco por ella.

INÉS.

¿Con que la quiere?

PEDRO.

¡Caramba!
si la quiere!

INÉS.

Pero acaso
ya no la quiere.

PEDRO.

No es mala
conclusion. Anoche mismo
la escribió, por si llegaba
á buen tiempo, y por mas señas
yo eché al correo la carta.

INÉS.

¿Con sobre á ella?

PEDRO.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

PEDRO.

INÉS.

ADELA.

INÉS.

ADELA.

Sí.

Luego

tú sabes como se llama.

Sí lo sé; mas no me acuerdo de su apellido.

Nos basta. El caso es que quiere á otra, y llámese Pepa ó Juana, es lo de menos. ¡Qué tal! ¡El hombre de bien! Ya escampá. ¡El de la formalidad! ¡El juicioso! ¡Qué canalla son todos! ¡Y dirán luego de las mujeres? ¡No hay nada mas?

¿Y qué mas?

Sí, no es poco.

Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (Mira adentro.)

Me voy. Mas por qué tal prisa?

Es que ya sale mi ama del cuarto de su Adelita, y puede ser que...

No haya miedo; pues antes que llegue estoy yo un tiro de bala de aquí. Con que adios.

Adios.

(La embrolla no va muy mala.) (Aparte.) (Vase.)

ESCENA VII.

ADELA É INÉS.

¿Y bien?

¡Lance original! He sabido en este instante que debe llegar mi amante muy presto.

¡El amante! ¿Cuál?

¡Qué pregunta!

INÉS.

¿Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa

idea; mas vuestra prosa

ya es antigua algaravía,

que amante y novio en el día

suelen ser distinta cosa.

En fin, forzoso es pensar

qué hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstancias y el caso

son quienes me han de guiar;

aun hay tiempo, y á mal dar

obre el ingenio después,

y si ayuda el arte, Inés,

sucumbirá la razon,

que si es calva la ocasion,

nunca es manco el interés.

INÉS.

Mas antes conviene...

ADELA.

Ver

del otro las intenciones,

que en estas resoluciones

vale el ardid de una mujer.

¿Y tú llegaste á saber

algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fé enamora?

INÉS.

¿De buena fé? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?

Que es como todos, señora,

que no ama, ni por asomo,

que otra es su antiguo cariño,

que ayer la escribió, y que el niño

es maula de tomo y lomo.

Que ya no es dable (¿ni cómo?)

sujetar su corazon,

y que en aquesta ocasion

de medio á medio la erramos,

pues que pichon le juzgamos

cuando es palomo ladron.

ADELA. ¡Qué chasco! Mas aun no es tarde:
 por fortuna á tiempo estoy,
 y lo que puedo hacer hoy
 vano es que á mañana aguarde.
 Nada hay, pues, que me acobarde
 en lance tan oportuno.
 Así de entrambós, ninguno
 será presto mi amador;
 que no es mal juego en amor
 perder dos por ganar uno.

INÉS. Con que usted piensa...

ADELA. Al momento

dejarlos, y esto es seguro;
 que si mas tardo, aventuro
 mi fama y mi casamiento.

INÉS. ¿Mas con cuál pretesto?

ADELA. Ciento

hay siempre para acabar
 y algo se ha de aventurar
 que en la malilla de amor
 es capote de favor
 el quedarse sin casar.

INÉS. Ya deseo la ocasion
 de que lleguen.

ADELA. Mas espera. (Ruido dentro.)

¿Quién sube por la escalera?
 con tal precipitacion?

INÉS. Señorita, sí. Ellos son. (Se asoma.)

ADELA. ¿Quiénes?

INÉS. Los dos.

ADELA. Como soy,
 que presto llegan.

INÉS. ¿Me voy?

ADELA. Sí, vete y nada receles;
 pues ó quemó mis papeles
 ó golpe seguro doy. (Vase Inés. Adela se sienta.)

ESCENA VIII.

ADELA, LUIS, FERMIN con una carta.

FERMIN. No señor, que has de venir
aquí conmigo.

LUIS. ¡Estás lelo!

FERMIN. Y ha de ver su propia carta:
y la he de decir...

ADELA. ¡Qué es esto!
¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!
¿Hay acaso?...

FERMIN. Nada bueno,
y extraño mucho, señora...

LUIS. (A Fermin.)
Hombre, por Dios.

FERMIN. Que á un sugeto
como yo, así se le falte.

ADELA. ¿A qué vienen fingimientos?
Todo lo sé, y esta carta
que acaso hallé en mi aposento
caida, muy bien me muestra
de lo que es capaz un pecho
femenil. ¿Con que soy tonto?
¿Con que yo soy majadero?

ADELA. ¿Y bien?

FERMIN. La frescura alabo.
¿Pues si tengo esos defectos?
¿Por qué me quiso?

ADELA. ¿Quién yo?
En mi vida.

FERMIN. Pues es bueno.
Vive Dios que me colgara
de una viga. ¡A mí un desprecio!
¡A mí una mujer!

LUIS. Fermin,
¿y á ti qué te importa eso?

FERMIN. No que será á tí.

LUIS. Tampoco.

Pero como nunca un bledo
te se ha dado de esas cosas
que tú apellidas babeos,
pensé yo que...

FERMIN.

Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos
deja; pues en lance tal
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS.

Perdona, amigo, creí
que obrasen ni mas ni menos
como hablabas.

FERMIN.

(¡Qué lección!) (Aparte.)

LUIS.

Mas, pues me engaño, te ofrezco
hacer porque aqueste error
no sea fatal á tu afecto.

ADELA.

(¿A dónde vendrá á parar?
Mas callar es lo mas cierto.) (Aparte.)

LUIS.

Veo que quieres á Adela.

FERMIN.

¡Yol!

LUIS.

Sí, porque tienes celos
y esa es señal que no falla.

FERMIN.

Que la quise no te niego;
pero...

LUIS.

Silencio y escucha.

Adelita, yo confieso
que obré mal: nunca debí
atentar á los derechos
de un amigo. Así es forzoso
que ambos castiguen mi yerro.
Hágase la paz, y pues
yo por mi parte ya cedo,
cedamos todos, y acaben
de una vez esos muñecos.

¿No es verdad, Adela? (Silencio.)

FERMIN.

¿Ves?

LUIS.

Dice un español proverbio:
que el que calla es porque otorga.
Pues señor, esto está hecho.
Llega tú, que aquestos son
los privilegios del sexo.

FERMIN.

Mas si yo tengo razon *Pero como no se ha de ceder?*
¿por qué he de ceder?

LUIS.

Lo entiendo.

Pero no basta ser justo,
es forzoso parecerlo,
y quizá tú aunque lo ignores
habrás dado fundamento
de sospecha. Son las damas
quisquillosas en extremo
por lo regular, y á veces
el rencor hace su efecto;
mas no dura, que el amor
sabe perdonar muy presto.

FERMIN.

¡Pues qué... un hombre como yo
se ha de humillar!

LUIS.

¿Y qué medio?

FERMIN.

Pero...

LUIS.

Las faldas no humillan.

FERMIN.

Pues tú lo quieres, me acerco.

Adelita, ya vé usted
como yo al cabo... *(No acierto)*

que decirle) sus injurias

supe olvidar, y pues esto

es de cariño tal prueba,

exijo que por lo menos

se me diga, qué motivo

pudo dar pie á tanto yerro.

No busco culpa, no, Adela.

Busco sí arrepentimiento.

¡Pero qué! ¿Usted el semblante

vuelve? ¿Usted el rostro bello

oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS.

(Bien por Dios.) (Aparte.)

FERMIN.

¿Y será cierto? *(Se arrodiilla.)*

¿De ese corazon, por dicha

aun no he perdido el afecto?

¿Podré esperar?

ADELA.

Ah, ah, ah. *(Se rie.)*

Parece está usted haciendo

algun paso de comedia. *(Adela se levanta.)*

FERMIN.

LUIS.

¡Señorita! ¡Yo! (Hecho un hielo
se quedó. ¡Qué humillación!
¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo!
para el que á todas desprecia! (Aparte.)

FERMIN.

ADELA.

Mas... Fermin, bromas dejemos
á un lado. Si hoy por fortuna
á su buen humor me presto,
mañana tal vez... (Fermin se levanta.)

FERMIN.

ADELA.

FERMIN.

ADELA.

FERMIN.

ADELA.

FERMIN.

ADELA.

¿Pues qué?
¿Lo ha tomado acaso á juego?
¿Y cómo lo he de tomar?
¿Con que usted por lo que veo,
no me quiere?

No señor.

¿Ni jamás me quiso?

Menos.

¿Ni nunca fuera feliz
á mi lado?

Ni por pienso.

Fermin, lo propio que dije
en mi carta, eso sostengo
y sostendré. Quien se juzga
de los corazones dueño
solo con una mirada:
quien humilla al bello sexo
sin distincion, y quien halla
milagros en el desprecio;
solo este merece. Usted
júzguese su propio pleito.
Y advierta de hoy para siempre,
que las mujeres, durmiendo
saben mucho mas que el hombre
aunque esté muy bien despierto.
Que si quieren engañarle,
lo harán, sin otro remedio.
Que con ellas, la esperiencia
vale poco; pues es cierto
no se hallarán en la tierra...

dos iguales, y sabemos
que el conocer y el juzgar
los corazones, es cuento.

Si esta leccion aprovecha;
si escarmienta en propio yerro,
tanto mejor para usted.

En cuanto á mí...

LUIS. ¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA. Y tan de veras, que ya es tiempo
de que le toque la suya.

LUIS. ¡A mí!

ADELA. ¿Pues no?

FERMIN. ¿Estoy despierto? (Aparte.)

Por Dios no sé que me pasa.

ADELA. Señor don Luis, no quiero
recordarle su conducta

hasta aquí. Nadie un defecto,

nadie en usted una tacha
pudiera hallar.

LUIS. Yo agradezco.,.

ADELA. Le suplico que reserve
esas gracias para luego;
¡Pero cuánto se engañaba
quien así juzgó! Encubierto
bajo apariencia tan dulce
se hallaba sutil veneno.
Fingiendo pasion, ternezas,
simulando amor y celos,
tendísteis la red, que á dicha
supe yo evitar á tiempo.

¿No es esto verdad, Luis?

Diga usted si con efecto
no ama á otra. Si ayer mismo
no la escribió. Si su objeto
no es el unirse con ella.

En fin, hable usted.

LUIS. No acierto... (Fingiendo turbacion.)

Señorita... yo... es verdad
que... sí... (Todo va saliendo (Aparte.)

como esperaba.)

ADELA.

No mas,
que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero
no hemos de saber?...

ADELA.

Sí tal!

Por mi parte esto es resuelto.
Usted, señor don Luis,
busque otra tonta (que á cientos
las hallará) y á su salvo
pruebe en ella sus enredos;
sus novelescas pasiones,
aquellos fingidos celos,
y aquel amor, que no há mucho
pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir...

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno.) (Aparte.)

ADELA.

Y en cuanto á usted, don Fermin,
con repetir me contento
lo que hace poco dije,
pues tanto vale, y valemos
tan poco, hallará de sobra
quien sujete el dócil cuello
á su amor, si es que se digna
elevatorla á tanto puesto;
pero por lo que á mí toca,
su presunción, sus defectos
son tales, que no es posible
disimularlos. Por eso
ni le he querido en mi vida,
ni le querré, ni le quieró.
Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.
¿Cómo ha de bastar? Mi honor
está ultrajado, y pretendo
aclarar este negocio
á todo trance.

ADELA.

¿Y qué medio?

FERMIN.

¿Qué medio? Usted lo verá.

¿No sabe acaso que tengo
 en mi mano la venganza?
 ¿No sabe que soy?... como

LUIS. Silencio (A Fermin.)
 por Dios. (Él va á descubrirse (Aparte.)
 y aun no debe.)

ADELA. ¿Qué misterio
 es ese? Por fin sepamos.

FERMIN. Si señora. Lo sabremos
 puesto que usted lo desea.

LUIS. (Y aun no viene.) (Mirando hácia fuera.) (Aparte.)

FERMIN. Yo no quiero
 (Le tira de la casaca.)
 callar, que ya de la manta
 tiró el diablo, y...

LUIS. Mas... (A Fermin.)

FERMIN. Ni atiendo,
 ni quiero oír.

LUIS. (¿Y qué haré? (Aparte.)

Mas me ocurre un pensamiento.)
 Es muy extraño, Fermin,
 que con tono tan grosero
 te atrevas así á faltar
 de una dama á los respetos.
 Si crees porque está sola
 que impunemente has de hacerlo;
 si con esas amenazas,
 si con gritos descompuestos
 juzgas vindicar tu honor
 mucho te engañas. No veo
 ya en ella á quien me desaira,
 no escucho el resentimiento,
 solo si en aqueste instante
 me acuerdo soy caballero,
 y como tal no me agrada,
 ni en mi presencia consiento
 que se ultraje á una señora.

FERMIN. ¿Y á tí quién para este entierro
 te dió vela? Un mal amigo,
 un hombre á quien yo hice dueño

de toda mi confianza,
que de ella abusa ¿es por cierto
quien se atreve á echarme en cara
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.

Sí señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro... (Gritos.)

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!

¡Pues cómo! Por Dios, señores...

LUIS.

Está muy bien. En saliendo

(Van hacia la puerta.)

se verá.

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. (Aparte.)

Valga el arte.) Ay que me da.

Mamá. (Se deja caer en una silla.)

LUIS

Adelita.

ESCENA IX.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

D.^a MARÍA.

¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara

LUIS.

Señora...

D.^a MARÍA.

¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¿Pero ustedes qué la han hecho?

FERMIN.

Yo nada.

LUIS.

Ni yo tampoco.

D.^a MARÍA.

¿Pues á qué habrá sido ello?

Vamos, sin duda será

porque como hoy hubo truenos.

LUIS.

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMIN.

(Para el perro (Aparte.)

que se fiara.)

D.^a MARÍA.

Ay Jesus.

Inés.

ESCENA X.

DICHOS É INÉS.

INÉS.

Señora.

D.^a MARÍA.

Corriendo

traeme aquí el pericon,
y mientras yo la hago fresco,
(Se va y vuelve con el abanico.)
aflojale tú el corsé,
dala agua. ¡Qué desconsuelo!
Que se me muere mi hija,
que se me muere.

ESCENA XI.

DICHOS Y D. JUDAS con un paquete en la mano

D. JUDAS.

Laus Deo.

LUIS.

(Mi tío, salí de afan.) (Aparte.)

D. JUDAS.

Señoras, felice día, (Deja el paquete.)

¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

D.^a MARÍA.

Sí señor.

D. JUDAS.

Voto á san.

D.^a MARÍA.

Sostenla tú. (A Inés.)

INÉS.

No se cae.

D.^a MARÍA.

Inés, traele aquello...

INÉS.

¿Cuál?

D.^a MARÍA.

Aquello que huele mal.

D. JUDAS.

Cuenta con lo que se trae.

LUIS.

¿El éter?

D.^a MARÍA.

Sí.

INÉS.

Se ha acabado.

D.^a MARÍA.

¡Qué descuido! En nada están.

D. JUDAS.

Como haya en casa alquitran,

ese es remedio probado.

D.^a MARÍA.

¿Y vinagrillo?

INÉS.

Ha de haber.

D. MARÍA.

Pues mira si en mis cajones

está el de siete ladrones. (Vase Inés.)

FERMIN.

(Los de Ecija habian de ser.) (Aparte.)

- D.^a MARÍA. Ay, si se me morirá.
Don Judas, si usted supiera
medicina.
- D. JUDAS. Bien pudiera,
porque he leído á Le Rua.
- D.^a MARÍA. ¿Y allí no hay cosa que valga
para esto?
- DON JUDAS. Darle al contado
la purga del primer grado,
y salga por donde salga.
- INÉS. Aquí está ya. (Vuelve Inés con un fraasco.)
- D.^a MARÍA. ¿Y bien, qué hacemos?
- D. JUDAS. No arriar en banda el tapon.
- INÉS. Descuide usted.
- LUIS. (¡Qué ficcion!) (Aparte.)
- D.^a MARÍA. ¿Le hará daño?
- D. JUDAS. Allá veremos.
- D.^a MARÍA. ¿Qué se decide por fin?
- D. JUDAS. Yo creo la han de aliviar
ayudas de agua del mar.
¿No os parece bien, Fermin?
- FERMIN. (A ver como no revienta.) (Aparte.)
¿Mas yo qué se?
- INÉS. Por San Pablo.
- FERMIN. Traíganle un doctor ó un diablo.
- D. JUDAS. Lo mismo es ocho que ochenta.
- LUIS. (¡Qué tardar!) Tio (Aparte.) (Bajo á D. Judas.)
- D. JUDAS. ¿Qué quieres?
- LUIS. ¿Está todo?
- D. JUDAS. Todo está.
- LUIS. Al caso pues.
- D. JUDAS. Allá va.
- Posible es que las mujeres (Alto.)
siempre y en todo han de errar,
irse á poner mala el dia
que yo el novio le traia
es cosa particular.
- D.^a MARÍA. ¡El novio!
- FERMIN. ¡Su novio!
- D. JUDAS. Cierto.

- FERMIN. ¿Pero quién es?
- LUIS. Calla ahora. (A Fermin bajo.)
- D.^a MARÍA. ¿Y está en Cádiz?
- D. JUDAS. No señora.
- FERMIN. (¡Es sueño ó estoy despierto!) (A parte.)
- D.^a MARÍA. ¿Mas cómo si aun no ha llegado, puede usted traerle acá?
- INÉS. Señorita, oye usted! (Al oído á Adela.)
- ADELA. ¡Ah!
- INÉS. Ya vuelve.
- LUIS. ¿Se le ha pasado?
- ADELA. ¿Dónde estoy?
- D. JUDAS. En una silla.
- ADELA. ¿Y ellos?
- INÉS. Solo fué una chanza.
- ADELA. ¿Se mataron?
- D. JUDAS. Qué, ¿hay matanza?
- Pues acoto una morcilla.
- INÉS. Delira.
- D. JUDAS. Entonces no hay trato.
- D.^a MARÍA. ¿Qué sientes?
- ADELA. Mucha opresion.
- mas ya se pasa.
- D. JUDAS. Es pension.
- D.^a MARÍA. ¡Oh! Sus nervios y mi flato á ambas nos sacan de juicio.
- Gracias que hoy volvió al momento.
- D. JUDAS. Si esa voz de casamiento es la trompeta del juicio.
- D.^a MARÍA. Al caso.
- D. JUDAS. Por el vapor recibí há pocos instantes los papeles de que antes hablé ya á usted.
- D.^a MARÍA. Sí señor.
- FERMIN. ¿Mas Luis? (A Luis.)
- LUIS. Chito y destierra (A Fermin.) todo cuidado.
- FERMIN. (Estoy loco.) (A parte.)
- D. JUDAS. Hice rumbo aquí, y á poco

- eché el cargamento en tierra.
D.^a MARÍA. Pero bien, doy de barato
que esté ya arreglado eso.
¿Él viene?
- D. JUDAS. No en carne y hueso;
pero traigo su retrato.
¡Su retrato!
- ADELA. Con que al fin... (A D. Judas.)
- D.^a MARÍA. Ya el asunto es decidido. (A doña María.)
- D. JUDAS. ¿Mas qué es esto?
- FERMIN. Que marido
- D.^a MARÍA. tiene mi hija, don Fermin.
- D. JUDAS. Tome usted. (Da el retrato á Adela.)
- D.^a MARÍA. Sí, que á ella toca
juzgar si es bonito ó feo.
Inés, mis gafas.
- ADELA. ¡Qué veo! (Mirando el retrato.)
- ¡Dios mio!
- D.^a MARÍA. ¿Niña estás loca?
- ADELA. Es el señor. (Señalando á D. Fermin.)
- D.^a MARÍA. ¡Cómo!
- D. JUDAS. Sí.
- LUIS. ¿Estás? (Bajo á Fermin.)
- FERMIN. Ya todo adivino.
- D.^a MARÍA. Con que usted es...
- FERMIN. El sobrino
de don Judas.
- ADELA. ¡Y que á mí
tal me suceda! ¡Qué rabia!
¡Qué vergüenza!
- D.^a MARÍA. En conclusion
¿á qué vino esa ficcion?
- ¿Hubo causa?
- LUIS. Una y muy sabia.
En bien que tan cerca toca
como la propia ventura,
la reflexion mas madura
á veces suele ser poca,
y ni es esposa constante
quien veleta un tiempo ha sido,

ni nunca es feliz marido
quien no fué dichoso amante.
Si tal logró, él lo decida
puesto que es su novio.

D.^a MARÍA. Y bien,
él se casará.

D. JUDAS. Sí.

FERMIN. ¡Quién!

¡Yo con Adela! En mi vida.

No fuera mala locura.

D.^a MARÍA. Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN. Se acabó, pues ella quiso.

ADELA. ¿Qué dirán?

D. JUDAS. Que quien procura

tener novios á montones,

este fruto ha de coger.

D.^a MARÍA. ¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS. Zafarrancho de moscones.

Que el que con buena bandera

viene á quererse casar,

si vé corsario en la mar

toma la vuelta de afuera.

D.^a MARÍA. Yo no sé lo que me pasa.

FERMIN. Luis, primo, mi ceguedad

perdona.

LUIS. De mi amistad

es deuda. Vuelve á tu casa,

vuelve á Sevilla, y allí

cúrate de tu manía,

acordándote que un día

nada valiste por tí.

Busca esposa amante y fiel,

que es el mayor tesoro;

mas no esperes hallar oro

si vás en pos de oropel.

Haz debida distincion,

y al bello sexo respeta,

que aunque haya mucha coqueta

muchas hay que nó lo son.

En fin, júzgate de hoy mas,

cuál los otros, que vá errado
quien piensa será apreciado
si desprecia á los demás.
Y usted, Adela, que ha sido
víctima de tal contienda
cambie de norte; y la enmienda
le hará ganar lo perdido.
Reflexione cuanto daña
á su honor conducta tal;
pues la opinion es cristal
que aun del aliento se empaña.
Sea en todo compromiso,
formal, constante, amorosa,
que no vale para esposa
quien hoy ódia y ayer quiso.
En fin, pues deslíz tamaño
mereció tal escarmiento,
remedie futuro daño;
y ojalá que esta leccion
os pueda bien demostrar,
el fin que suelen lograr
Coquetismo y Presuncion.



1034928